

CARLOS REAL DE AZÚA

EN LA MUERTE DE LATCHAM

---

C U A N T O más anchas son las superficies de contacto entre el hombre y el mundo, más se siente su precariedad. Cuanto más arde el fuego, más cerca está el agua que ha de apagarlo. Esta imagen —que Manrique empleó para un adolescente— parecerá una desproporción con quien era ya, como Ricardo Latcham, un sexagenario (había nacido en 1903). Sin embargo, todos los que le conocieron, todos los que disfrutaron de su efervescente humanidad, saben qué exacta es en su caso.

Porque si la juventud es la perenne tensión de las apetencias, la curiosidad insaciable, el entusiasmo por los seres y las cosas, puede decirse que Ricardo Latcham no vio quebrada nunca —hasta ahora, su muerte— la pujante línea vital que él, con trazo definitivo, fijó desde sus veinte años. *Mi corazón cuyo peligro adoro*. Con este verso del misterioso Conde de Villamediana cabría ceñir el sentido —y no sólo en el más inmediato del tremendo desgaste físico— del vivir de algunos hombres. La incandescencia de Latcham se admiraba, pero hacía temer por él. Cada vez que lo despedíamos —y lo recuerdo la última con su macizo corpachón en la vereda del “Lancaster”, la mano tendida, el programa del encuentro próximo en los labios, la piel atezada por el sol de un verano recién inaugurado—, cada vez que lo despedíamos digo, pensábamos que era la postrera. Se siente esto siempre con quien se quiere, pero en Ricardo percibíamos con especial fuerza que los peligros del corazón se pagan y que él había adoptado un estilo de vida que afrontaba serenamente esta contingencia.

Sí. La vida. Es la palabra que vuelve siempre cuando se quiere hablar de él. La vida concreta. El gusto inagotable por lo particular, por la variedad del mundo, por lo pintoresco y lo diverso de los hombres. Tal vez tuviera que ver con su ascendencia inglesa tal proclividad y su innato disgusto por toda abstracción y toda teoría.

Si se recuerda que fue la de crítico literario la actividad central de su vida, es inevitable observar entonces que la misma literatura se le hizo vida también. Porque nadie más renuente que él a encerrarla en un orgulloso dominio insular, incomunicada con las sustancias que temáticamente la nutren, con los seres que la crean, con los lectores a quienes está destinada. Le importaba —más que nada— el valor testimonial de un libro y el autor, la biografía que está tras él. Tal actitud filiaría la obra de Latcham —sobre todo su vasta labor en torno a la novela latinoamericana— muy cerca de los métodos tradicionales —biográfico, psicológico, sociológico— del siglo XIX. Un libro se le hacía así una inagotable serie de referencias, de anécdotas sabrosas y casi siempre picantes, sobre el hombre que lo escribió y que —en los contemporáneos— él casi siempre conocía hasta sus más vedados entresijos. Pero asimismo le importó siempre subrayar la importancia, la novedad, la ineditéz del segmento de realidad —sobre todo americana— que en ese libro se encorpaba, pues nunca divorció las normas de su trabajo crítico de la urgida consigna de que los latinoamericanos alcanzáramos la imagen total de nuestro ancho y triste mundo. La definición del realismo que en su estudio sobre Blest Gana, Latcham recogió: “el derecho de todo a ser dicho y el derecho de decirlo todo”, bien podría valer como pauta-base, como axiología esencial de su juicio.

Pero más que un crítico en el sentido de un escrupuloso analizador de obras y textos, Ricardo lo era en el sentido apuntado por Jean Paulhan cuando sostenía que la crítica es “una de las formas de la atención”. Porque poseía un olfato infalible para lo valioso y una capacidad indeclinable y casi misteriosa para espumarlo de entre esa faramalla que, como a todo crítico, lo asediaba.

Pero a esta sensibilidad para lo valioso unía Latcham algo que fue uno de sus rasgos éticos más amables y es la voluntad de señalarlo y prestigiarlo, el generoso entusiasmo que le hizo el eficaz portavoz (la riqueza de sus contactos le ayudaba) de muchas obras que en su país y en América sacó de la desatención y del silencio.

Pese a ello, todavía habría que decir que Latcham fue un “maestro de vida literaria”, un sabedor de todo lo que a las letras se refiere, y de todo eso es, más que nada, un corolario su condición de profesor, editor, antologista y panoramista. Agarrado —en todas sus vivencias— por el ámbito literario del continente, sus memorias, que la muerte le ha vedado ahora escribir, hubieran constituido un “corpus” tan caudaloso como insustituible, tan desprejuiciado como vivo, de un mundo que no le cerró ninguna puerta. En verdad, desde hace un ter-

cio de siglo, Ricardo estaba dictando informalmente esas memorias a millares de sus amigos de América, y el tiempo dirá si este Johnson chileno —pues muchos puntos de contacto tenía Ricardo con el célebre doctor— no habrá alumbrado, entre esos millares, su Boswell correspondiente.

Esas memorias, claro está, no hubieran hablado sólo de escritores y no faltarían en ellas las siluetas de otros tipos de hombres, desde Gustavo Ross a Galván Lobo y desde Arturo Alessandri a Fidel Castro. Porque nada más lejano de la verdad el concebir a Latcham como un “literato” o un “escritor puro”. No sólo se lo impidió su temperamento extrovertido y su omnívora curiosidad: el clima histórico de su advenimiento a la vida tiene mucho que ver con ello. Porque Latcham perteneció a esa generación mesiánica y radical que en nuestra América se definió en la tercera década del siglo bajo los signos de la Reforma Universitaria, el antimperialismo de los “Maestros de Juventud”, la ola de las revoluciones y las dictaduras, el ideal de una “democracia social” y económica. Militante juvenil de gran significación en el tormentoso Partido Socialista de Chile, actuó intensamente en esos primeros años de la década de los treinta, en los que Chile pasaba rápidamente de una “Junta Socialista” a un dictador militar. Fue entonces conspirador revolucionario y desterrado (en las islas del Pacífico), diputado también —“por la República Española” como a él le gustaba recordarlo— hacia 1936. Todo esto (probablemente) con la exuberancia, la plenitud vital, el gusto casi deportivo por la acción que en todas sus cosas Latcham puso. Más tarde, la actividad universitaria lo apresó y fue profesor y Decano de la Facultad de Filosofía. En ese tiempo se fijó la imagen de Latcham que los hombres de posterior generación a él hemos recogido. En discusiones risueñas, él a menudo se definía como “monárquico” y en más de un sentido en verdad que lo era. Porque ¿no vale por tal, acaso, esa conciencia de una identificación cabal de la propia persona con la totalidad social? ¿No vale por tal la fuerza de ése su monólogo en el que sin embargo se percibía que todas las voces confluían en él? “Monárquico” sí, o tal vez monarca de un reino especial. Yo le replicaba, sin embargo, que lo que era, es un hombre del siglo XVIII (y pensaba también en el Dr. Johnson) con muchos de sus típicos rasgos. La aceptación de una contrastada autoridad —por ejemplo— siempre que fuera “ilustrada”. El reclamo de una firme jerarquía social, cuando se cree legítima. Pero, sobre todo, la absoluta libertad espiritual y una no menos absoluta de costumbres. Aunque esto sea sólo un casillero no se movería incómodamente Ricardo en él. Por eso no es extraño su gusto —por

otra parte muy chileno— por los ejecutivos fuertes e independientes, su pasión por el juego político, su ilimitada, invariable, generosidad social. De su americanismo y de su chilenismo habría también mucho que hablar. Del primero es buen testigo su labor crítica que no es en ningún caso la de un extranjero fuera de Chile, sino la de un hombre que conocía cada una de nuestras literaturas nacionales tan hondamente como los propios especialistas. Y de ellas —y ni qué decir de la de Chile— no sólo los contemporáneos sino la pasada —llamémosle “clásica”— y todo el mundo histórico que la entorna. Su *Elogio de Coquimbo*, su monografía sobre el guerrillero Manuel Rodríguez, sus estudios sobre los Carrera, apuntan al gran historiador que Latcham pudo ser. Presente y pasado. Pero no sólo libros y hombres. También lugares y cosas, olores y sabores (sobre todo sabores). Su *Meditación del aji* es un texto ejemplar de la ensayística americana, pero asimismo un “tour de force” asombroso sobre los significados que este gozoso sensorial, este hedonista inteligente podía extraer de su experiencia, sobre los fenómenos que podía relacionar, sobre el cuadro de referencias en que era capaz de moverse.

De su chilenismo habría que decir de nuevo todo esto y aún que hasta en sus temas y en sus limitaciones, en sus desdenes y en sus tirrias, Latcham pertenecía a su país en un grado que a un uruguayo le impresiona. Esto lo percibimos bien cuando vino de Embajador a Montevideo, al iniciarse el período presidencial de su amigo Jorge Alessandri Rodríguez. En el Uruguay, cuando el Estado designa un representante en el exterior, nunca sabe a ciencia cierta por los intereses de qué nación ha de abogar. Con Ricardo Latcham, por supuesto, estas ambigüedades no eran ni siquiera concebibles.

Algún día habrá que hablar menudamente de su misión entre nosotros, como una de las memorables (y no son demasiadas) que el país conoció. Muchas incomprendiones la rodearon y muchas (no sólo uruguayas) terminaron con ella. Que la franqueza y la autenticidad personal de Latcham desentonaban en el mundo untuoso, edulcorado de la diplomacia, es un hecho. El mismo se divertía con el choque y afirmaba haber recogido mejores materiales que los de Peyrefitte para escribir unas nuevas *Ambassades* sobre la fauna grotesca que pulula en torno a las cancillerías. Pero dígame a todo esto, que jamás Ricardo —a diferencia de algún penoso antecedente político cercano— hizo banderín demagógico con la cicatería y el antiformulismo: conocía el sentido y el valor de las formas y las respetó escrupulosamente. Con todo, para muchos de los que se movían en su torno, era un ser de otro pelo y tenía amistades que ellos consideraban peligrosas. Había

escrito en su juventud *Chuquicamata, estado yankee* y eso constaba en las fichas que ese tropel que duerme en Carrasco siempre lleva atrassadas. También colaboraba en *Marcha* y se enorgullecía de ello; ayer mismo prometía al semanario sus libérrimas impresiones sobre Cuba. Pero fueron, sobre todo, las aguas del río Lauca las que se lo llevaron de entre nosotros. Sólo un Telleyrand —y Ricardo no lo era— pudo bracear contra esa corriente y habría que reprocharle aquí a algunos chilenos el no haberlo comprendido. Sólo un Telleyrand hubiera podido vencer la sólida y unánime tradición uruguaya de apoyo a los estados mediterráneos de Sudamérica, pero también la peculiar actitud de ciertos sectores del Partido Nacional que creen compensar su domesticidad a los dictados del Imperio con la simpatía —bien distribuida— por las revoluciones iberoamericanas. Claro está: por las revoluciones “ma non troppo”. Con todo y pese a esa batalla que tuvo que enfrentar casi solo (tuvo, sí, la admirable fidelidad de Sergio Labarca), Latcham hizo mucho entre nosotros. En el capítulo de los vínculos culturales entre el Uruguay y Chile nadie realizó antes lo que él y nadie lo realizará después, por muchos títulos que traiga.

Nadie hubiera imaginado a Ricardo muriendo en un desabrido retiro o en una soledad filosófica. Mucho más coherente con su ser es que su “muerte propia” le haya llegado el lunes en La Habana, mucho más coherente es que sus latidos se hayan apagado entre los latidos vigorosos de la insurrección latinoamericana. Había conocido Cuba en la abyección del “status” colonial y la gerencia del batistato, cuando su capital era el prostíbulo predilecto de los rapados “executives” del Norte. La había conocido en la jocunda alegría del triunfo popular. Volvió a ella en estos días prosaicos de la guardia insomne y del trabajo duro por la construcción de una nacionalidad y una sociedad nuevas. Era el largo —ahora larguísimo— viaje que, con expresión rara en él, preparaba en Santiago de Chile su admirable compañera Alicia Rivera.

Hombre de orden, como ya he dicho, básicamente un liberal “a la inglesa”, el destino de su país y de América le había impuesto en los últimos tiempos ciertas opciones radicales. “Hombre de orden”, sí. Pero también hombre lúcido y hombre decente. Por ello llegó a tiempo (para que su memoria no sufra por la falta) a la convicción de que en Latinoamérica no existe tercera alternativa entre un “statu quo” que es en verdad una regresión, y el inexorable sacudón liberador y purificador. Entonces adhirió al FRAP. Entonces aceptó un cargo de jurado para la Casa de las Américas, de Cuba, cuyo ejercicio importa también una definición. A la vista están ellas, cerrando su rica, den-

sa, plena andadura de seis décadas por el mundo. Que sin él, sin embargo, será un poco menos soportable. Porque millares de americanos perderán un amigo generoso y cálido. Y Chile, uno de sus hijos más fervorosos y fieles. Y nuestras letras un advertido vigía. Y nuestra América Latina un parteador valioso de su integrada conciencia, de su ansiada plenitud.

(*Marcha*, Montevideo, enero 29 de 1965).